

Delfina Vettore y Antonella Tosco (Comps.)

# Jugar y escribir el fútbol

Relatos de jugadoras  
en 10 años de  
fútbol femenino



Colección  
**liberalibro**

**UniRío**  
editora

Jugar y escribir el fútbol : relatos de jugadoras en 10 años de fútbol femenino / Delfina Vettore ... [et al.]. - 1a ed. - Río Cuarto : UniRío Editora, 2025.  
Libro digital, PDF - (Liberalibro)

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-688-603-1

1. Fútbol. 2. Relatos Personales. 3. Feminismo. I. Vettore, Delfina  
CDD 796.33409



2025 © UniRío editora. Universidad Nacional de Río Cuarto  
Ruta Nacional 36 km 601 – (X5804) Río Cuarto – Argentina  
Tel.: 54 (358) 467 6309  
[editorial@ac.unrc.edu.ar](mailto:editorial@ac.unrc.edu.ar)  
[www.unirioeditora.com.ar](http://www.unirioeditora.com.ar)

*Primera edición:* marzo de 2025

*Ilustración de tapa e interior:* Diego Borghi



Colección  
**liberalibro**

---



Este obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 2.5 Argentina.  
[http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/ar/deed.es\\_AR](http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/ar/deed.es_AR)

## Introducción

# Jugar y escribir el fútbol

*Delfina Vettore y Antonella Tosco*

Dijo Eduardo Galeano: “Los científicos dicen que estamos hechos de átomos, pero a mí un pajarito me contó que estamos hechos de historias”. Con esa idea quisimos abrir otro espacio de cancha, una cancha no de césped, sino de papel, para conocer historias que hoy se pueden enmarcar en estos primeros 10 años de fútbol femenino organizado en la Liga Regional de Río Cuarto —en el año 2014 se dio inicio al primer Torneo Oficial Femenino en la máxima entidad del fútbol a nivel regional—.

Poner a circular palabras e ideas nuevas siempre es un desafío. Un desafío necesario que hace al nudo central de la cultura, que siempre es relacional y vincular. El proyecto invitó durante algunos años a futbolistas de la región a un espacio de reflexión, a repensar el espacio deportivo que habitan cotidianamente, su vínculo con el fútbol y cómo la pelota influyó en sus realidades.

Las aristas que toca el fútbol femenino son muchas: el empoderamiento, la profesionalización, la participación, el género, el mercado, el financiamiento, las historias personales. Este espacio buscó que algunas de esas historias sean contadas por sus protagonistas y, de esta manera, dejar una cartografía local del fútbol femenino.

En esta publicación de UniRío editora, elegimos compartir ocho de los escritos recolectados entre 2019 y 2021. Algunos de ellos fueron publicados en *Miralas*

*gambetear* (segundo libro de la Cooperativa de Trabajo Al Toque – UniRío editora, 2019) y otros formaron parte de la segunda parte del proyecto.

## Crónica de un final

*Antonella Tosco (2019)<sup>1</sup>*

### Escenario

Cuartos de final del campeonato. Finales de septiembre, principios de octubre, ya no recuerdo bien, del año 2018. El partido de vuelta lo jugábamos contra Asociación Atlética Estudiantes. Salimos con la certeza en el pecho y en el pensamiento de que el pase a semifinales era nuestro, sobre todo porque en el partido de ida se nos había escapado el triunfo de las manos (o de los pies). Teníamos los recursos, teníamos el hambre de gloria y el convencimiento. Diez minutos después del silbato de inicio, estoy tirada en el piso, gritando de dolor.

### Final

Perdimos el partido y nos quedamos sin semifinal. Tres días después, el aparente esguince se convirtió en una doble fractura de peroné. A continuación, las crónicas de la ruptura (del hueso, de la ilusión, de las ganas, del partido y de todo lo que se cuele entre medio).

### Crónica I. La justicia no existe.

No dejo de pensar en la justicia. Soy abogada, trabajo en un lugar al que coloquialmente suele llamárselo “la

<sup>1</sup> Jugadora de Fusión Fútbol Club y Club Sportivo y Biblioteca Atenas en la Liga Regional.

justicia”. En la carrera, siempre nos enseñaron que justicia era “la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo que le corresponde”. Me castigo. Pienso si no me correspondía estar ahí adentro, con mis compañeras, con mi equipo, jugando esa final. Esa final que también era un final, el cierre de una historia —una historia de amor, para mí— que empezó hace cuatro años y que ayer ponía su punto final.

El fútbol tiene todos los condimentos para funcionar como un motor que le da sentido a la vida, pero también puede transformarse en un hueco sin fondo en donde todas las certezas se desvanecen, al punto de que sólo queda un gusto a desazón y un sentimiento profundo de que no hay leyes universales, ni karma, ni energías, ni Dios... ni justicia. Que el fútbol, como la vida misma, es un azar constante. Todo puede desaparecer en un segundo y no hay Tribunal de apelaciones, ni cielo a quien reclamarle. “Todas las hojas son del viento”, cantaba el Flaco... la pelota también lo es.

## **Crónica II. Sacar belleza de este caos.**

Pasaron los días y el corazón sigue caliente, pero la razón ya está un poco más fría. Veo un documental de Luciana Aymar, una de las más grandes deportistas del mundo. La escucho hablar y me reconozco en sus palabras. No me suenan ajenas, yo misma podría decir las con total convencimiento y sé que muchas de las deportistas que conozco podrían hacer lo mismo. La única diferencia, en los escenarios: Lucha tiene de fondo estadios Olímpicos y ciudades impresionantes que han sido sede de mundiales o champions. El fondo más espectacular al que nosotras podemos aspirar es el es-

tadio 9 de Julio o el Antonio Candini. Pienso cómo la pasión no reconoce grandilocuencias ni pretende determinados escenarios. La pasión no tiene que ver con el tamaño de la gloria ni con el alcance del torneo que se disputa. Cuando uno siente pasión por algo, hasta la copa de leche del campeonatito del barrio parece bañada en oro.

Siempre estoy buscando recetas para escaparle a estos tiempos de codificación, de extrema tecnificación, de cálculo, de marketing. Lo que hasta ahora más me ha funcionado han sido dos estrategias: profesar una ingenuidad consciente (el neoliberalismo siempre nos quiere posicionar en la sospecha, en la desconfianza, condenarnos a una retaguardia constante: el otro primero es tu enemigo y después, a lo mejor, puede llegar a ser tu amigo) e intensificar todos aquellos lazos y actividades que resultan improductivas según los parámetros del capitalismo. Lo que se genera en esos micromundos es una ganancia distinta a la que manejan los manuales de economía. Hay una plusvalía que no se enajena, sino que se comparte y circula virtuosamente entre los afectos.

Mi equipo de fútbol es un testimonio constante de que otras lógicas son posibles. Existe un concepto de compañerismo que muchas veces se subestima. No hablo de amistad. Hablo de una esencia compañera.

No jugamos por la copa del mundo, no ganamos plata, no nos van a regalar una medalla ni salimos por la TV; pero ponemos el cuerpo, la mente y el alma como si fuera el proyecto más importante de nuestras vidas, y ese amateurismo vuelve a este mundo un lugar mucho

más habitable. Estoy convencida de que estas son pequeñas revoluciones, aunque no nos demos cuenta.

## La redonda

*Delfina Vettore (2019)<sup>2</sup>*

De chiquitos nos enseñan las figuras geométricas, triángulos, cuadrados, rectángulos, círculos. Desde chiquita que no podía ver algo redondo que me daban ganas de patearlo. Recuerdo la primera pelota que me regalaron mis amigas para un cumpleaños. También esa vez que la redonda no quiso entrar, y me erré el penal en el encuentro de infantiles que jugué con la camiseta del club de mis amores, Herlitzka de Las Vertientes, encima en cancha de Atlético Sampacho. Y las veces que la pateé al arco que formaban dos plantas en la casa de Vir, mi mejor amiga, donde jugábamos con sus hermanos mientras ella hacía de tercer tiempo masitas traviatas a la parrilla.

En tantos almuerzos en mi casa había plato para los cinco (mamá, papá, mis hermanas y yo), pero muchas veces éramos seis, porque la redonda comía conmigo. Era como una mejor amiga, incondicional. También me acuerdo de una vez que estaba muy enojada, me fui al patio y la pobre no paraba de estamparse contra el paredón, como si ella hubiese tenido la culpa. Y la cantidad de veces que mi hermana menor tenía que ofi-

---

<sup>2</sup> Jugadora de Fusión Fútbol Club, Club Sportivo y Biblioteca Atenas y Asociación Atlético Banda Norte (actual) en la Liga Regional.

ciarme de arquera. No le quería meter goles a un arco vacío, quería un desafío.

También pienso en cómo la vida me fue alejando de esa mejor amiga, la redonda, porque parecía ser que era una amistad para los chicos. En el club de mi pueblo no podía jugar más y no había otras chicas que quisieran patear la pelota conmigo.

Pasaron muchos años, pero mi pie derecho se sigue emocionando cuando tiene algo redondo cerca. Dicen que uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida. Y creo también que yo siempre voy a volver a la vieja amiga que me hizo amar el fútbol.

### **El reencuentro**

Una profesora nos decía en la facultad de Psicología que uno es lo que puede nombrar. Entonces pienso, que mientras más podamos nombrar, más crecemos como personas. Nos expandimos y empezamos a buscar en lugares desconocidos, los atravesamos y los transformamos. Nos transformamos.”

Pensé en cómo el fútbol fue mi pequeña revolución en una infancia caracterizada por los silencios. Me acuerdo del texto que escribí cuando todavía era sólo jugadora de hockey y hacía años que no me calzaba unos botines. Allí cuando era fútbol y silencios.

Yo no gritaba, pero estampaba la pelota contra el paredón del patio mil veces cuando estaba enojada. En general no parecía simpatizarme mucho la compañía de nadie, pero a la pelota no la soltaba ni para comer.

Hoy pienso en mi infancia y en esa pelota. Hoy pienso también en todo lo que aprendí a nombrar, a decir, a

gritar. Hoy el fútbol es otro tipo de revolución, porque ya mi vida no está caracterizada por esos viejos silencios. Hoy sé que falta mucho por aprender, por nombrar, por decir y gritar. Mucho para seguir transformando y creciendo. Y, en ese proceso, el fútbol está siendo disfrute más que nunca.

“Si algún día dudas de vos, acordate de vos”, me dijeron. Y sé que cada vez que dude, voy a querer acordarme de mí rompiendo silencios, gambeteando y dejando atrás dolores, y encarando la vida con más libertad y alegría. Hay una Delfi, de esa infancia, que quiero dejar ahí. Pero hay otra que quiso salir, y a esa la recibo con los brazos abiertos. Esa me hace sonreír feliz por reencontrarme con la aventura de correr con la pelota en los pies.

## **Sentirme jugadora de fútbol y morir de tanta emoción**

*María Donda (2019)<sup>3</sup>*

Andar la vida para mí tiene ese poder absoluto de convertir cada instante chiquito en momentos que se hacen eternos en nosotros mismos, para así hacerlo con adrenalina, a flor de piel, en esa invitación sumisa de vivir. De los días, los referentes, el dolor (que tiene mala fama y tan generoso es), de los años. Saber que adentro existen esos “renaceres” que nos regalan un sinfín de motivos para gustar mucho del andar. De los sentidos

---

3 Jugadora de Universidad Verde (UNRC) y de Asociación Atlética Banda Norte en la Liga Regional.

importantes y lugares que no son físicos, son inmensos e intensos. Para mí, ese renacer y ese lugar tiene, además de muchas sintonías, *fútbol*. Desde lo gráfico como visible, hasta lo más impensado. Un domingo lo escribí así: “Vení, metete adentro del alma para entender cómo se vive”. El privilegio de una pasión le da sentido a todo lo que podemos transformar.

En diciembre de 1988 me llevaron a la cancha por primera vez y, desde ahí —donde pasaban cosas de esas que si las recordás tienen adrenalina, color y olores, música, personas y todo lo lindo—, muchos momentos tienen que ver con el *fútbol*. Siempre desde afuera, pero con esa fantasía y ganas de ser parte de la pasión más inexplicable que la vida me propuso elegir.

Después, otras prioridades no importantes te sacan del foco de lo mágico, pero tuve la fortuna de intentar estar adentro “accidentalmente” de esa locura, que allá lejos en el tiempo la traducía con voz de relator agónico, culpa (y agradecida) de mis hermanos futbolistas.

En abril de 2015 fui a probar jugar al fútbol, y no tuvo fin. Describir sensaciones con la intensidad que lo vivimos es casi imposible, pero lo más cercano a traducirlo es que, inconscientemente, se transforma en sentimientos y pensamientos de cada día que vivo.

Hoy, todo tiene fútbol. Ya no es imaginario o, como espectadora, yo me siento futbolista como cuando pisaba el patio de casa creyendo que era una cancha. Tengo mi *equipo*, ahí donde sos una parte de ese todo que se necesita perfectamente para materializarlo. Muchas personas que lo forman, para concluir en el privilegio

de jugar al fútbol. La cancha, los partidos con los entrenamientos de antesala, los botines, los desafíos, la pelota y los goles. Eternidad de momentos que están llenos de tristeza y felicidad, en la vibración justa para hacer sentir que la elección de esta pasión, una y otra vez, es perfecta.

Ojalá todas las personas pasaran por la suerte de jugar pasiones, de intentarlo, del miedo a morir de emoción, de animarse a parecerse locos por un amor que es libertad. Jugar al fútbol.

Es mucho más que el preciso instante de jugarlo, es construcción y crecimiento constante: deportivo, personal, emocional. Pareciera que todos los demás sentidos se pudieran graficar ahí y se termina convirtiendo en un “modo de vida”, porque entendés que no sólo depende de lo que logres en lo personal. Necesitamos del equipo completo, las que entran a la cancha, las del banco y mucho más por las que no pueden estar. Valorar todo lo que hace posible que suceda, aprender de compromiso, valores, respeto. También el encanto de las caídas que tienen ese no sé qué y te empoderan con el desafío de levantarte para cambiar el resultado, el rival se transforma en indispensable para hacernos mejor y nada concluye en el final del partido. Es transitar, superación sin límite. Para mí, donde hay personas todo es positivo y, si es con pasión, permanecer para evolucionar es la mejor elección.

Hoy, entre recuerdos de disfraz, de cómo parecía que se vivía, con botines *Borussia* robados a mis hermanos, medias de Estudiantes y Boedo, “mareaditas” alentadas desde el arco hecho con dos cajones, los JVC de los

gráficos y los papelitos de la cancha. Tengo la fortuna de sentirme jugadora de fútbol, nunca nada me hizo morir en vida de tanta emoción. Agradezco a la no casualidad de intentarlo, de seguir, a la suerte del equipo del que soy parte, a mis compañeras que nunca dejan de hacerme mejor, a quienes son líderes de la vida y al fútbol por ser perfectamente una pasión.

## **Mi amor por estar bajo los tres palos**

*Florencia Canavesio (2019)<sup>4</sup>*

En la sociedad en la que vivimos, estamos sometidos a determinados roles construidos según nuestro género, modelos que nos marcan quiénes debemos ser, cuáles deben ser nuestras conductas adecuadas, con qué y a qué podemos jugar, con qué y a qué no, a quién amar, qué hacer para sentirnos realizados. Estos nos limitan y estructuran, dejando de lado sueños, sentimientos, ideas y pensamientos propios.

Claramente el fútbol era cosa de hombres o, al menos, así estaba estipulado socialmente, aunque yo sentía que también nos pertenecía a nosotras más allá de que nos hicieran creer que no. Durante toda mi infancia, me sentí diferente por no pensar ni actuar como pretendían, lo cual fue motivo de muchas lágrimas, enojos, frustraciones conmigo y con el mundo.

---

<sup>4</sup> Jugadora de Universidad Blanco (UNRC), San Martín de Vicuña Mackenna, Asociación Atlético Estudiantes, Fusión Fútbol Club y Social Recreativo de Reducción en la Liga Regional.

Amaba el fútbol, yo sólo quería jugar y, más allá de cualquier comentario negativo que recurrentemente recibía, en mi cabeza, tenía sólo una meta. Todo lo olvidaba trepando el paredón, el cual me separaba de la cancha que tenía al frente de casa —qué irónico estar tan cerca, pero tan lejos de ese mundo a la vez—.

En ese lugar me sentía completa, pasando tardes enteras jugando con mi hermano y sus amigos. Ellos eran felices corriendo detrás de la pelota, pero a mí eso no me gustaba, yo solo quería pararme frente a esa pelota que tanto se disputaba, entonces, debajo del arco, me ponía los guantes de lana y, con la mirada más desafiante que podía —aunque admito que me daba miedo comerme algún pelotazo—, quería hacer lo que para ellos estaba prohibido, agarrar la pelota con la mano, evitar que hicieran el gol.

Pasaban los días y sábado tras sábado, acompañando a mi hermano, me tocó correrme de mi lugar en el mundo. Ahora “mi lugar” era el de espectadora, me encontraba ahí, detrás del alambrado, admirando a quienes podían estar en la cancha, sin entender los impedimentos por los cuales yo no podía hacerlo. Cuando empezaba el partido, me paraba atrás del arco, analizando, viendo los movimientos del arquero.

La ilusión a la que me aferraba se iba desvaneciendo, los obstáculos iban cargando cada vez más una mochila que se llenaba de prejuicios, la cual no me sentía lista para cargar.

Luego de siete años, llegó un llamado que lo cambió todo, en el que me dijeron que se había armado un

equipo de fútbol femenino. En ese momento, sentí que mi camino se abrió. Tenía dos opciones, quedarme en el lugar en el que había logrado sentirme cómoda y cumpliendo expectativas que no eran las mías o agarrar esa mochila que hacía años había tirado. El corazón latía fuerte, quería ser escuchado después de tanta opresión, esta vez, estaba dispuesta a enfrentar ese desafío.

En un abrir y cerrar de ojos, llegó el día que me tocó ponerme los guantes y pararme debajo de ese arco que era grande, pero no tanto como mis ganas de defenderlo. Pero, esta vez, tenía que enfrentarme a quienes, como yo, se animaron a transgredir las normas y seguramente les tocó vivir algo similar.

Miles de sensaciones recorren mi cuerpo cada vez que piso la cancha.

No se puede explicar lo que se vive en ese lugar, sabemos que no hay margen de error. Reímos, lloramos, festejamos, miramos desde lejos, muchas veces, sintiéndonos un espectador más, como aquellas veces en mi infancia, pero esta vez ocupando el lugar protagónico de ser yo quien toma las decisiones. No hay nada más satisfactorio que la sensación de haberlo logrado, de volar y sentir que la pelota me roza la mano, y ni te cuento de atajar un penal, de tener en tus manos el poder de cambiar la dirección del partido, para bien o para mal, pero con la certeza de que siempre hay revancha.

El fútbol se transformó en mi forma de entender y ver la vida. El fútbol es historia, es lucha. Una parte de esta lucha ya la gané, puedo decir que soy mujer y juego al

fútbol, con todo lo que eso implica. Somos muchas y cada vez más.

## **Mi identidad está completa, soy una futbolista**

*Victoria Zamarbide (2019)<sup>5</sup>*

Fútbol, una palabra que para la generalidad de las personas es solo un gol, una camiseta en particular o la eterna discusión de Messi o Maradona, pero pocas somos las personas que tenemos el privilegio de sentirlo, de que nos atraviese.

Muchas veces me dijeron que el fútbol es el deporte que más se parece a la vida, y lo compruebo día a día, no solo porque desde que tengo uso de razón siento una pasión inexplicable por la pelota, sino que tuve la buena y mala suerte de jugarlo en una etapa adulta de mi vida. Soy una convencida de que me perdí la oportunidad de explotar mi potencial, pero también con los años te das cuenta de que todo pasa por algo, y ese “algo” enorme lo comprendí hace muy poco.

Toda mi vida renequé de ser mujer y de no ser como mi hermano, “un hombrecito”, para jugar al fútbol: se me negaba vestirme con los colores de mi club, pisar el Antonio Candini o jugar a ser una “bostera” más. Pero después de cuatro años de participar de la Liga, me di cuenta de que estuve equivocada 28 años de mi vida. Ahora sí es cuando le agradezco al fútbol/vida: amo

5 Jugadora de Fusión Fútbol Club y Club Sportivo y Biblioteca Atenas en la Liga Regional.

ser mujer y no quiero ser un hombre o, mejor dicho, no necesito ser un hombre para vivir el fútbol en todo su esplendor.

Más allá del camino transitado para poder llegar a esta afirmación, y aún viviendo épocas de cambios culturales profundo, me sigue pareciendo necesario decir que no existe un mensaje subliminal debajo de ser mujer y jugar a la pelota. Todo —y es un gran todo— se encierra y termina en el punto final de esa frase. Muchos creen que jugamos al fútbol porque en el fondo queremos ser hombres, o que esta práctica determina una inclinación sexual determinada. Soy mujer, heterosexual y vibro esta pasión, y si no fuese así ¿qué? Las mujeres ya no podemos ser ese estereotipo que la sociedad aún cree.

Sé que estamos ante el comienzo de un cambio y ojalá que ahora o en poco tiempo una niña pueda cumplir con su sueño y ser deportista desde la edad que lo sienta, sin que nadie tenga el poder de decirle que no puede por su género.

Agradezco infinitamente a mi equipo, “La Fusión”, porque formando parte de este grupo es que aprendí el sacrificio del amateurismo. Los infinitos contratiempos y obstáculos que las ganas tienen que sortear para poder hacerse realidad. Los límites de todas las ídoles que existen para poder desarrollarse lo más profesionalmente posible. Pero también me mostraron que cuando hay amor y pasión, nada es lo suficientemente fuerte como para negarte el disfrute.

Creo que las futbolistas estamos llamadas a colaborar con esta ruptura de paradigmas que históricamente nos negaron la posibilidad de desarrollarnos como deportistas. La igualdad va a llegar el día que tengamos las mismas posibilidades y condiciones que los varones. No para ser como ellos, pero sí para poder soñar de la forma en que queramos hacerlo, sin que una mirada ajena nos condene por ello. Si bien hoy agradezco la valentía de hacer lo que siempre deseé sin importarme la edad, siento que no sólo lo hago por mí, sino para que otras no tengan que esperar hasta “ser grandes” para poder correr adentro de una cancha.

## El sueño de la piba

*Agustina González (2020)<sup>6</sup>*

Cuando me preguntan cómo comenzó mi pasión por el fútbol se me vienen muchas cosas a la cabeza. Siempre pensé que mi infancia fue rara, distinta a las de otras niñas. En ese momento lo único que quería era que mi mamá me dé permiso para salir a jugar. No era de las que buscaba jugar adentro “juegos de nenas”.

En mi pueblo salíamos con mis hermanos y todos los vecinos hacia el mismo lugar a la hora de jugar: la canchita. Sólo era un terreno baldío grande en donde nosotros armábamos dos arcos con ladrillos, ropa y hasta montañitas de tierra. Cualquier cosa con tal de jugar al fútbol. Yo era la única nena del barrio que jugaba con

---

6 Jugadora de Fusión Fútbol Club y Club Sportivo y Biblioteca Atenas en la Liga Regional.

los varones, pero las reglas eran iguales para todos. No me importaba nada, sólo quería jugar.

Cuando empecé el colegio primario mi mamá no entendía por qué le vivían reclamando los directivos que no podía jugar al fútbol con los varones en los recreos, nunca le mencionaron nada coherente, sólo que era una mujer y no podía jugar al fútbol porque era un “deporte de hombres”. Y por eso, mis compañeras decían que era una “marimacho”.

En esa época mi mamá formaba parte de la comisión de fútbol del Club Atlético Talleres de Las Acequias. Mis hermanos y mi papá son fanáticos del fútbol y ellos me pasaron el amor por la redonda. Y por eso, la “nena” de la casa frecuentaba con regularidad el club. Lo conocía de arriba a abajo, y mi sueño era poder jugar en esas canchas, algo imposible para ese entonces, pero iba a ver cada partido de mis hermanos. Eran mi admiración.

Nunca tuve un par de botines ni un fútbol propio. No era necesario para jugar en “la canchita” con mis amigos del barrio —me decía mi mamá—, pero cada vez que a mis hermanos les regalaban una pelota, yo se las sacaba por la noche, me la escondía en la cama y dormía abrazada a ella. Y siempre soñaba con mi primer par de botines.

Durante los veranos se hacían campeonatos de fútbol por la noche. En el pueblo era todo un espectáculo, pero lo más lindo es que ya había más chicas que jugaban. Yo era feliz porque llegábamos a formar entre dos y tres equipos. También se invitaban a mujeres de la zona y se armaba clásico con las de Reducción. Eran

partidos a todo o nada. Era el único momento en que antes de entrar a la cancha sentía una cosa en la panza. Me di cuenta de que el fútbol generaba tantas cosas en mí que lo único que quería era ganar ese partido. Y en un rinconcito siempre él. Mi hincha número uno, mi DT personal, *mi papá*.

Pero se fue pasando la etapa del fútbol para mí. El sueño de jugar en la liga y ponerme mis primeros botines se esfumaba año tras año. Ya me había hecho la idea de que ya estaba, que ya era algo que debía dejar atrás, que no era para mí.

Pasaron varios años y me enteré de que había mujeres jugando al fútbol en Río Cuarto. No lo podía creer, pero igual seguía viendo lejos la posibilidad de jugar. Ya estaba “grande para ciertas cosas”. Pero decidí empezar. Tuve mi primer entrenamiento con las chicas de Fusión. Fue todo nuevo, conocer gente desde cero y entrenar, cosa que nunca había tenido la oportunidad. Entrenar fútbol. Ahí comenzó nuevamente la ilusión de poder jugar en la Liga. No lo podía creer, estaba a nada de ser parte de un equipo de fútbol femenino.

Hoy puedo decirles que estoy cumpliendo “el sueño de la piba”, ese que nunca creí que iba a poder ser posible por todos los estereotipos que había que cruzar. Muchas barreras se me presentaron, pero decidí hacerlo por mí, dejando atrás todas las veces que escuché cuando era chiquita la palabra “marimacho”. Ahí estoy yo, yendo por ese sueño. Me puse mis primeros botines y volví a sentir una cosa tan grande en la panza, eso que sólo me hace sentir el fútbol cada vez que tengo que entrar a una cancha. Mi mamá entendiendo que

soy feliz jugando fútbol y orgullosa de que nunca bajé los brazos. Y mi papá ahí, con un par de canas más, pero siempre, como en cada partido, al costado de la cancha.

## ¿Qué es el fútbol?

*Florencia Gallardo (2020)<sup>7</sup>*

¿Qué es el fútbol? ¿Qué nos hace sentir? Hace rato que estoy pensando en qué respuestas dar para contestar estas preguntas y se hace medio complicado poner en palabras ese “no sé qué” que tiene el fútbol. Levantarte un domingo y salir para la cancha.

El vestuario explota. Cantamos todas. Nos abrazamos, saltamos, gritamos, alentamos. Nos apoyamos. Nos transmitimos buenas energías. En ese momento lo único que queremos es entrar a la cancha como unas guerreras y dejar la vida jugando.

Muchas de nosotras nos hemos tenido que enfrentar a las famosas frases: “El fútbol es para hombres”, “vos no podés jugar porque sos mujer”, “si jugás al futbol, sos marimacho”. Esas cosas que no son ciertas, porque el fútbol no determina ni nuestra forma de actuar, ni nuestra sexualidad, ni nuestra forma de ser. Además, ¿dónde está escrito que el fútbol es para hombres? ¿quién dice que nosotras no podemos sentir la misma pasión o que nosotras no somos capaces de jugarlo? Es una lástima que por todos estos prejuicios muchas no hayamos tenido la oportunidad de jugar desde que

---

<sup>7</sup> Jugadora de Universidad Blando (UNRC) y Asociación Atlético Banda Norte en la Liga Regional.

somos niñas. Si esto no pasara, tendríamos mucho más entrenamiento, muchas más oportunidades a nivel profesional, mucho más tiempo de disfrutar este deporte que nos hace bien.

Es lindo saber que con el tiempo estos tabúes se van desmenuzando, que se vaya dejando en evidencia que el fútbol es para los chicos y para las chicas, que es de todos. Porque el fútbol nos junta, nos une, nos acerca.

Estoy convencida de que el fútbol te cambia la vida para siempre, y te la cambia para bien, en todos los sentidos. Te ayuda a crecer individualmente, a autoexigirte para ser cada día un poquito mejor tanto dentro como fuera de la cancha. Te enseña a trabajar en equipo.

Otro aspecto que me gustaría resaltar en el fútbol femenino de hoy es cómo ha crecido a nivel periodístico. Comprar los diarios el lunes y ver que hay una página dedicada hacia nosotras es un privilegio que hay que valorar mucho. ¿Saben la felicidad que genera ver que en la foto principal está mi equipo o aparece alguna compañera? Agradezco mucho a los periodistas y a todas las personas que se han movido para que esto sea posible y que nos den el lugar que merecemos.

Y me estoy olvidando de una de las cosas más importantes y más lindas: *la hinchada*. La cancha explotada. Banderas, bengalas, papelitos, globos, la gente vestida toda de blanco, gritando, cantando nuestras canciones, gritando nuestros nombres —escribo esto con la piel de gallina—. Es hermoso vivir algo así, ver a nuestras familias en la tribuna es algo mágico y sin ellos todo sería distinto.

Es bastante loco porque, si bien intento dejar expresado lo mejor posible lo que genera este deporte en este pequeño escrito, siento que es imposible terminar de explicarlo. Porque como he dicho, va mucho más allá del momento de estar en la cancha con la pelota en los pies.

## **En el fútbol como en la vida**

*Camila Lanfranco (2021)<sup>8</sup>*

Argentina es un país futbolero, de eso no caben dudas. Pasionales y fanáticos como pocos. De ello deriva también que muchos y muchas no comprendan lo que genera e incluso lo aborrezcan. Bueno, el fútbol es eso. Y en su razón de ser, el fútbol también es filosófico. Desde los comienzos del pensamiento filosófico las pasiones ocuparon un lugar importante, en especial, desde su relación directa con la felicidad. Ya Epicuro decía: “El estado de felicidad y bienaventuranza no lo alcanzan ni la multitud de riquezas ni la majestuosidad de las profesiones ni jefatura ni poder alguno, sino la alegría y suavidad de sentimientos y la disposición del alma que define los propios bienes de la naturaleza”. Epicuro aquí abre la discusión respecto al fin último del ser humano, que en su pensamiento no parece ser otro que el de la felicidad. Una felicidad dada por el goce y que se contraponen a muchas ideas esencialistas y racionales de la época. Bueno, el fútbol tiene bastante que ver con esta característica propia de lo humano, la

---

8 Jugadora de Club Sportivo Municipal en la Liga Regional.

de desarrollarse mediante el goce y el disfrute. Como seres corpóreos y terrenales, vivimos y morimos atravesados por la búsqueda de la felicidad. Y el fútbol es, para sus adeptos, felicidad.

El fútbol es un deporte que despierta pasiones en multitudes, y lo hace porque es popular —a diferencia de otros deportes que se destacan por su marcado elitismo—, en él los valores ocupan un lugar preponderante.

Epicuro y muchos filósofos nos han demostrado que la vida tiene un sentido y que es necesario buscarlo para llegar a la felicidad. El fútbol es parte de esa búsqueda.

Muchas de nosotras vivimos esa búsqueda desde nuestros hogares, por algún familiar, por un viejo futbolero o simplemente por su propia reproducción y visualización. En épocas donde el fútbol es un deporte estrictamente masculino, a nosotras nos costó y nos cuesta el doble. ¿Cómo explicar nuestra pasión por un deporte que “no estaba hecho para nosotras”? Ahí comienza nuestro mayor desafío: el de explicar ya no con palabras sino con el cuerpo que el fútbol podía y debía ser para todes. Al comienzo fue difícil, ya que no todas contamos con una familia futbolera o deconstruida en materia de género, las escuelas de fútbol sólo existían para los varones y para nosotras las opciones siempre eran otros deportes. Muchas comenzamos con los varones, pero la realidad nos volvía a dejar fuera en un lapso corto de tiempo.

En mi caso, la docencia y la filiación con la filosofía atravesaron y atraviesan esa pasión. Y créanme que

compartir ambos ámbitos con el fútbol es una experiencia enriquecedora.

Actualmente, el fútbol femenino comienza a cobrar visibilidad, y eso es gracias a la lucha de muchas referentes, como así también, a la perseverancia y la ganas de tantas otras, que no han hecho visible su lucha, pero que la han materializado en cuerpo. Y eso, en nuestro contexto, vale millones. Aun así, existen en nuestra sociedad muchos prejuicios en torno al fútbol femenino, la profesionalización parece asomarse tímidamente. Por eso, ¿quién más que nosotras para hablar de la pasión por el fútbol? Si sabemos lo que es pelearla desde abajo. Si sabemos mejor que nadie lo que es hacer rifas, comidas o eventos para pagar las cuotas, hacernos las camisetas o simplemente pagar los árbitros para cada partido. Por eso hoy que el fútbol femenino ha evolucionado en muchos aspectos, es nuestra tarea pelear por su efectiva profesionalización. No bajar los brazos y luchar por una sociedad más igualitaria, donde no haya deportes para hombres o mujeres, donde el rol de la mujer en el fútbol sea valorado como tal y ya no exista una piba más que carezca de recursos, tiempo o apoyo para desarrollar el fútbol en todas sus formas.

Delfina Vettore y Antonella Tosco (Comps.)

# Jugar y escribir el fútbol

Relatos de jugadoras en 10 años de fútbol femenino

*María Donda*  
*Florencia Canavesio*  
*Victoria Zamarbide*  
*Agustina González*  
*Florencia Gallardo*  
*Camila Lanfranco*  
*Antonella Tosco*  
*Delfina Vettore*

*Jugar y escribir el fútbol* nos sumerge en las historias, desafíos y vivencias de mujeres que han hecho del fútbol un espacio de lucha, pasión y crecimiento. A través de relatos íntimos y auténticos, esta obra compila las experiencias de futbolistas que han formado parte de la Liga Regional de Río Cuarto, convirtiéndose en protagonistas de un deporte tradicionalmente asociado a los hombres. Los textos no solo reflejan los logros deportivos, sino también las complejidades de ser mujer en un ámbito donde aún persisten estereotipos. Desde el empoderamiento hasta la profesionalización del fútbol femenino, cada relato traza una cartografía local que inspira, emociona y desafía.

ISBN 978-987-688-585-0



9 789876 885850

**UniRío**  
editora

**al toque**  
GRÁFICA · DISEÑO · COMUNICACIÓN



Universidad Nacional de

**Río Cuarto**

Secretaría

**Académica**